

El laicismo ha sido una verdadera peste, para las desventuradas naciones que le han entregado su juventud. Con el hipócrita pretexto de amparar en el niño, una personalidad, no formada aún, lanza a la juventud por los senderos del ateísmo y de la inmoralidad. Al amparo de sectas religiosas o políticas, cuya mira es la corrupción de la sociedad cristiana, realiza el laicismo por el mundo, una vasta y nefanda empresa de pervisión de la juventud.

ANTOINE GILBERT ROCHEFORT

ECOS ROSARISTAS

DON MARCOS LOMBO C.

Como arrancada de antiquísima viñeta antojábasenos la figura de don Marcos Lombó: largo y cenceño, de austero semblante y apergaminada tez, buen par hubiera hecho con aquellos marchitos personajes que pueblan e ilustran las páginas de Larreta.

Se leía en su rostro el ascetismo de vida y sobre su persona pesaba, ufana, la marca del trabajo y de la severidad.

Cuentan lenguas, que en elogios son parcas, la vida y hechos del anciano difunto y, al hacerlo, se colorean los labios de subidos encomios y palpita el pecho de intensa admiración. Porque emociona y edifica, en estos tiempos de desvanecidas creencias, hallar cristianos tan sinceramente tales, como el que recordamos.

En la mañana templaba a diario su espíritu en preces y piedades que alentábanlo en sus duras faenas y colmaban sus actos de abnegación y de bondad. Sus días se deslizaban entre los libros y la ingrata tarea del profesorado.

Y era ducho en humanidades: Manejaba el Latín con airosa habilidad y desentendía el castellano en cláusulas bizarras. La métrica del Lacio llenaba sus ocios y en los paseos vespertinos la prosodia de Virgilio marcaba sus pasos con seguro compás.

Es dispendioso concretar una vida humana a los estrechos límites de estas notas de prensa. Valga, pues, nuestra esquiva memoria de sentido tributo a quien en la Revista del Mayor fue ayuda valiosa, válganos ella de abrazo condolido para Tomás Lombó, el compañero magnánimo, el Colegial íntegro y el nobilísimo rosarista, y que sobre su hogar, obra clarísima de lo que puede un varón consumido en el temor de Dios, la resignación se derrame en cauces de consuelo.

ANTONIO MORENO MOSQUERA

Cierta donosa displicencia a la que otorga prestigio la pálida color del rostro; ese su alocado continente, aquilatado y acrecido por el desorden de unos cabellos sin esmero; la campechana sencillez de su trato que una voz de muchacho sin audacias musicaliza con peculiares timbres, tal la silueta singular y hasta grotesca en que Antonio Moreno asalta ahora mi espíritu.

Peregrina manera de recordar para el público al amigo, se dirá alguno. Mas, invito a quienes quieran seguirme, a desentrañar de tan descompuestos lineamientos el caballero exquisito y el ejemplar rosarista que en Moreno Mosquera reconocemos sus compañeros.

Pues en aquella suerte de indiferencia bien se me remeda el reposo blandísimo que impone a los hombres de bien una recta conciencia y en ese aire desjuiciado salta y juguetea un ansia insaciable de cumplir el deber y en la francota ingenuidad se recata y ampara la modestia, clarísima virtud befada hoy por desaparecida y antañona.

Y casa holgadamente la traducción de aquesos distintivos con lo que fue en el Rosario la vida de Antonio Moreno. Porque, como a estudiante, díctanle los archivos del Colegio notas y recomendaciones de aprovechado discípulo y para sus faenas de Pasante palpita ahora y vivirá por luengos años el cariño y la devoción a que sólo da pábulo un pundonoroso ejercicio del empleo.

Para esta nota depongo por entero los rituales de uso; quiero que sus cláusulas respiren y expresen el íntimo latido de mi corazón, que es de afecto, que es de sinceridad, que es de amigo en una palabra. Y no conviene otro lenguaje para quien, investido de autoridad, usó de su rango en detrimento de nadie, para quien fue a toda hora un solícito camarada, condescendiente a un tiempo y guardián justo de la disciplina del Claustro.

He aquí un timbre de hidalguía: servir a los súbditos en manera fraternal sin amenguar por ello los dictados e intereses de la entidad que en el poder mantiene, porque es de gente noble jurar fidelidad y cumplirla.

Por cuatro años llenó Antonio sus funciones de pasante y fueron ellos cuarenta meses de dedicación y sacrificios. Repartía su tiempo entre el Rosario y la Universidad Nacional, donde cursaba Derecho.

Veces sin cuento le vimos, en sus horas de vigilancia, batirse, desmelenado, contra las arideces de un Código y cesar en su lucha, manso y sereno, para aplacar las impertinencias de algunos rapaces. Y siempre daban fruto sus intervenciones como que, dulces y amistosas, llevaban ellas de antemano el eficaz correctivo. Ya lo había observado

Balzac: "La severidad no puede aborrecerse cuando la justifica cierta discreta bondad".

En otras ocasiones presenciamos sus zozobras ante la suerte de cualquier condiscípulo. Antonio cargaba el corazón en la mano y el padecimiento ajeno llegaba a presionarlo en tal grado que, comentándolo, se le alteraba el semblante y su voz adquiría ternísimas modulaciones. Quien así procede es incapaz de injusticias y desmanes; quien así procede obra a impulsos de humanidad y de largueza y, al juzgar a los hombres, los pesa bajo el fiel de su rectitud.

Sin embargo, le acosó la envidia y le persiguió la incompreensión. Por eso le vimos en ratos de tragedia luchar contra la adversa suerte; por eso le oímos sollozar y le presenciamos mohino y acobardado frecuentemente. Mas, no puede perecer quien soporta un alma grávida de excelencias. La suerte golpea sí, pero compensa dadivosamente.

Buen camino de aliento es para nosotros jóvenes, víctimas frecuentes del desánimo, atender a tan consoladora advertencia y gran ahijamiento en nuestras empresas constituye el ver recompensados, como en Moreno Mosquera lo están hoy, los sinsabores y apremios de una juventud estudiosa, hecha a base de renunciaciones y vicisitudes.

En Itsmina, ciudad ardiente y de arisco talante, llena su papel de Juez del Circuito Antonio Moreno. Allá lo enrumbo la suerte apenas doctorado. Vive, pues, en su tierra, en ese Chocó numoso, plagado de codicias y de amenazas. Conocedor de su ambiente pásase los días consagrado al estudio y a las obligaciones de su oficio, ajeno por tanto a los chismes de la política parroquial. Las consejas runrunean en su torno y empresarios en litis buscan ganarse para su bando al juez de nuevo cuño que, impasible y recto, como cumple a un genuino hijo del Rosario, imparte justicia y sienta sentencias al tenor de su conciencia.

Cuando la Chocó Pacífico, compañía consentida y adulada en toda la región, cae bajo el peso de su fallo inexorable, del país entero se cruzan para Moreno los mensajes y laudes. El camino del triunfo se le ha abierto con franqueza.

Nosotros también, Antonio, alumnos de este Colegio que tan verdaderamente amas; nosotros también, colaboradores de esta Revista a la que bien serviste, nos unimos cordialmente a tus éxitos y, al despedirte de los claustros, abrimos de par en par las puertas de nuestro cariño para seguirte en tus andanzas.

JOSE MARIA VILLARREAL

Análogo al anterior en verdad y en sentimiento, aunque parco en efusiones como cuadra al hombre serio y tranquilo que en él se festeja, es el recorte que para Chepe Villarreal enderezó.

Pasante como Antonio Moreno y alumno, a la vez, en las aulas jurídicas del Rosario, rézan sobre su nombre cumplidos y bellezas. De contenidos entusiasmos, de apagada apariencia, hervía sinembargo en encendidas actividades, y su talento, puesto a cargo de vibrante y con vencedora dicción, sorprendía y entusiasmaba.

Carácter suave, cultas maneras y comprensión generosa de los hombres, hicieron su mando obedecido y respetado. Sola su risa aplacaba tempestades de desorden y, cuando intervenía con la palabra, gratitudes sinceras le enviaban los amonestados.

Como garantía de acierto, acordó el Colegio para sus puestos de honor. Capacidades, lealtad y eficiencia le llamaban cumplidamente a Colegial. Y, cuando la consagración descendía casi sobre sus hombros, una nota del Gobierno Nacional le puso en viaje hacia Europa con la distinción de Agregado a la Legación de Bélgica.

Que en esa noble patria fructifiquen y maduren tus talentos y que el Rosario brille en tu nombre, son nuestros votos, amigo Villarreal.

CALI Y EL ROSARIO

El ambiente palpitaba de entusiasmo, los pechos rebosaban de euforia y el aire vibraba de vítores, hurras y palmas. Un equipo bogotano de "basket-ball" se tenía atraídas las almas con su arte, con su limpieza y novedad de juego. Cali toda aplaudía, como que la urbe es deportiva, máxime en tratándose entonces de festejar los triunfos del Colegio Mayor.

La casa de fray Cristóbal se conjuga para nosotros entre alabanzas y honores y sus bellezas se confunden con las infinitas y ponderadas perfecciones regionales. Este Rosario ilustre tiene en nuestra tierra amores sentidos y gratitudes entrañables. Por sus claustros han pasado generaciones íntegras de vallecaucanos que llenan con sus nombres las páginas mejores de nuestra historia. De allí que decir en el Cauca rosarista es gozar de las más altas distinciones mentales.

¿Y cabrá admiración ahora de que todo un pueblo se congrege en su estadio para rodear y aclamar a los hijos de este Colegio? Y cuéntenese con que el Rosario no tenía en Cali dictados de deportivo.

La hospitalidad, la llaneza, esa abierta sinceridad que nos distingue, todo estuvo allá a órdenes de los condiscípulos basketbolistas.

Nosotros, ligeros comentadores de los sucesos rosaristas, vallecaucanos, por añadidura, muy sumisos a aquellos cumplidos, damos, en propio nombre, en el del Colegio y de su Vicerrector especialmente, gracias rendidas a la noble ciudad de Cali por sus agasajos y amabilidades.



ALFREDO DELGADO PLAZA

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico